

# Beatrice Webb: la Sociología del Trabajo entre dos siglos

---

Juan José Castillo<sup>1</sup>

---

*En recuerdo de Mari Carmen García Nieto  
compañera en la tierra como en el cielo.*

## 1. Introducción

«El mejor profeta del futuro es el pasado». Eso al menos dice un proverbio chino que me regalaron en el restaurante Beijin, un lugar muy cercano a la sede del último Congreso Mundial de Sociología en Montréal.

Allí nos congregamos a finales de julio de 1998 varios miles de sociólogos, venidos de todos los confines de la tierra, para debatir en torno a «la herencia de la sociología y el porvenir de las ciencias sociales en el siglo veintiuno». Inmanuel Wallerstein, presidente de la Asociación Internacional de Sociología entonces, nos convocaba explícitamente a debatir, reflexivamente, sobre nuestro propio quehacer como científicos sociales, planteándonos los avances y los puntos ciegos de nuestra profesión, su valor y la orientación futura, el camino hacia donde vamos a movernos en este siglo que entra. Y, para ello, decía Wallerstein, una vía fundamental para nosotros es hablarlos los unos a los otros, académicos o no, porque tenemos mucho que aprender, de nuestros clásicos, de nuestros vecinos<sup>2</sup>.

El Comité de Investigación 30, «Sociología del Trabajo» de la Asociación Internacional de Sociología, propuso como uno de los temas centrales de reflexión para este congreso mundial, precisamente, «Trabajo del pasado, trabajo del futuro: para una renovación de la sociología del Trabajo». El mismo que vertebró los debates de nuestro último congreso nacional, en septiembre de 1998, en La Coruña.

Que en ambos casos el responsable de esa orientación sea quien esto firma no es, obviamente, coincidencia: creo firmemente que una renovación de nuestro propio oficio, y una inserción social de nuestra práctica sociológica, sea ésta en la Academia o en la Sociedad, necesita volver a anclarse en nuestros clásicos, en las mejores prácticas, necesita una mirada hacia dentro y hacia afuera del propio oficio de sociólogo.

Y tratándose de la Sociología del Trabajo, cuyo objeto propio de estudio, el trabajo, se hace cada vez más concepto escurridizo y nebuloso, esa necesidad de reflexión histórica

y metodológica me parece aún más urgente y necesaria. Porque, por un lado, el trabajo mismo, hoy en día, se ha convertido, como resultado de políticas laborales y económicas, en «objeto oscuro», precarizado el empleo que fué la norma, disperso en el territorio geográfica y socialmente, «fluido» y variopinto. Y sobre todo, según las ideas dominantes, escaso y tendente a desaparecer.

La «búsqueda del trabajo perdido» se convierte así en un reto doble para la sociología: la obliga a redefinir su objeto de estudio, y con él los métodos, las técnicas de recogida y tratamiento de la información. Por otro lado, la misma sociología ha de reconstruir su andamiaje conceptual para ser capaz de captar, analizar y teorizar sus hallazgos.

Esta renovación que hoy sentimos como una necesidad perentoria, para ser capaces de estar a la altura de los tiempos, de abordar «la cuestión palpitante» del cómo conseguir la mayor cuota posible de felicidad humana para la mayoría, recorre distintos caminos. Uno de ellos es el volver a nuestros clásicos donde, sin duda, se halla una parte de ese «paraíso perdido», cuando la sociología era la antesala racional de los cambios y avances democráticos de nuestras sociedades de «capitalismo reformado».

Por ello, para despejar un poco más esa vereda, planteo esta reflexión sobre la sociología entre dos siglos, sobre la vida y la obra de una socióloga que muestra, en sí misma y haciéndose, cómo muchos de los problemas que se planteó, y algunas de las soluciones que les dió, nos ayudan a encontrar respuestas para los problemas de nuestros días, para aquello que es el reto, como decía, de la sociología del siglo veintiuno. O al menos nos ayuda a formular mejor, más radicalmente, nuestras preguntas.

Se trata de **Beatrice Potter**, de soltera, y más conocida después y en nuestros días por **Beatrice Webb**, apellido que adquiere al casarse con Sidney Webb, en julio de 1892, con quien firmará, desde entonces, una larga cantidad de obras sociológicas e históricas enormemente influyentes, y que constituyen un *corpus* fundamental en nuestra disciplina. Y no sólo aportaron científicamente un verdadero bloque de saber nuevo, sino que, por su compromiso con las reformas sociales y la intervención política para conseguirlos, se

puede decir que Sidney y Beatrice Webb son los padres de lo que hoy podríamos denominar la escuela del Estado de Bienestar. Más aún si se recuerda su papel de fundadores, en 1895, de la London School of Economics and Political Science, su único hijo como Beatrice dirá, y su nada desdeñable papel en el nacimiento mismo del *Labour Party*, queda dicho que se trata de una obra excepcional, científica y políticamente. La obra de los Webb.

Nació Beatrice Potter el 22 de enero de 1858, y murió, a la edad de ochenta y cinco años en 1943. De sus innumerables trabajos utilizaré aquí, especialmente, aquellos que llevan en sí mismos la marca de su formación como investigadora social, como ella gusta de denominarse, y tomaré como referencia fundamental una obra que cumple hoy cien años justos, su *Industrial Democracy*, publicada, junto con Sidney Webb en enero de 1898, y que marca tanto en el área de la reflexión, como en el de la institucionalización de los sindicatos, un jalón fundamental. Y aunque los tiempos han cambiado «una barbaridad», su apasionado y metódico trabajo, al releerlo, nos trae la sensación de que podría estar escrito hoy mismo, para defender la constitución de los sindicatos como parte fundamental de la constitución de la sociedad democrática.

## 2. ¿Por qué Beatrice Webb?: las mujeres y la vida

**H**ace ya algunos años, cuando pasaba largas horas en el *British Museum* tras las huellas de Charles Babbage, cuya obra pionera de 1832, *Sobre la economía de las máquinas y las manufacturas* es, a mi juicio, la primera Sociología del Trabajo merecedora de tal nombre, comencé a preocuparme, y a acumular datos y noticias, sobre una cuestión singular —que tenía menos importancia en el caso de Babbage—: había, hay, en la historia de las ciencias sociales muchos casos de parejas de sociólogos en los que el renombre de uno de ellos deja en la sombra, ¡qué casualidad!, a la mujer de la pareja. Y en más de un caso el papel jugado por esas mujeres no sólo ha sido parte de la vida, sino que ha sido decisivo en la propia formulación y teorización

social, incluida la escritura y defensa en sede académica o pública.

Un magnífico libro de Wolf Lepenies, que hoy puede leerse en castellano, *Las tres culturas: la sociología entre la literatura y la ciencia*, me confirmó que aquella curiosidad mía no era solitaria, ni mucho menos irrelevante para el desarrollo y progreso de la sociología. Para todos nosotros, sociólogos orgullosos de nuestro oficio, la figura de Auguste Comte, el «padre fundador», por lo menos del nombre de la disciplina, se ve reavivada, o se revive, si uno busca en París —una peregrinación como otra— el Museo que es hoy la que fue su casa, no lejos de su estatua en piedra un poco arrinconada hoy en la Place de la Sorbonne. Allí, en el número 10 de la rue Monsieur Le Prince, sigue estando, cubierta con una tela que es más un sudario, la silla donde se sentaba Clotilde Del Vaux, el gran amor de Comte, que, según sus mejores biografos reorientó sustancialmente sus doctrinas después de 1845, «el año decisivo», el año que conoció a Clotilde. Desde entonces a los eslogans anteriores del positivismo comtiano se añadió éste: «L'amour pour principe».

Pero quizá la figura más llamativa de esos precursores sea la de John Stuart Mill, quien también nos ha dejado, en su *Autobiografía* un testimonio irremplazable y apasionante de su evolución intelectual y personal. Su relación con Harriet Taylor marca una época en muchos sentidos. Los *Principios* que publica en 1849, según su testimonio, son ya un producto conjunto de la pareja, y decididamente, especialmente para sociólogos del trabajo, el capítulo «Sobre el futuro probable de las clases obreras» de ese manual, que fue la guía más sólida de la economía política durante cuarenta años, es obra directa de Harriet Taylor, su mujer.

Lo que me atrae de esta pareja, y lo que quiero destacar aquí, es, precisamente esa mezcla de la vida y la obra, que se renueva y llega a cotas de excelencia, con una historia —por qué no decirlo— de amor, que hace más aguda la capacidad de análisis en torno a los problemas del trabajo, pero, sobre todo, que lleva consigo una toma de posición teórica mucho más próxima a los trabajadores, como orientación política. Y, sobre todo, para ir al meollo de mi argumento, que renueva la metodología tradicional de las ciencias sociales.

En el caso de Mill, además, que nos hallemos ante el primer sociólogo «feminista» por así decir, que publica en 1869 su trabajo «Sobre la sujeción de la mujer», aplaudido y reeditado hasta hoy en día, añade más interés aún a nuestra inicial curiosidad. Ahí, precisamente, como en la dedicatoria de *Sobre la libertad*, vuelve a decir al paso Mill una verdad que la mayoría de sus editores se niegan a reconocer: «¿Quién es capaz de contar las ideas originales que, dadas a luz por escritores del sexo masculino, pertenecen realmente a una mujer que se las sugirió, sin que el hombre les preste más que la tasación y el engarce? Si yo hablase por experiencia propia diría que el caso es frecuentísimo».

La figura y la obra de Mill en el campo de la economía, que entonces es difícil distinguir de la sociología, viene a ser «sucedió» por la magna obra *Principios de Economía Política*, de Alfred Marshall, cuya primera edición es de 1890, y que será el patrón canónico de la economía política hasta su muerte en 1924, fecha en la que toma el relevo su discípulo y exégeta, en aquel momento, John Maynard Keynes. Nuevamente aparece ante nosotros una pareja de excepción, Mary Paley, quien casa con Marshall en 1871, y con él escribe y publican juntos, en 1876, lo que podría considerarse el embrión de los *Principios*, un libro de texto hoy inencontrable, bajo el título de *The economics of industry*, «La economía de la industria»; libro que consiguió una altísima difusión: en la estimación de Keynes, discípulo y sucesor de Marshall como decía, se editaron 15.000 ejemplares. Y no fueron más porque, al parecer de los biografos, Alfred no gustaba mucho de esa co-autoría formal y real.

En 1873, Marshall pronuncia una conferencia, cuyo texto, no sólo en su título, recuerda a John Stuart Mill, «Sobre el futuro de las clases trabajadoras», sino que además comienza con una expresa cita de la *Autobiografía*, la que declara la autoría doble de aquel paradigmático capítulo del tratado milliano sobre el mismo asunto, debido a Harriet Taylor y John Stuart Mill, pero firmado sólo por éste.

Nuevamente, y ello es especialmente importante para un sociólogo del trabajo, una mujer, Mary Paley está en el origen de este análisis muy pegado al terreno y orientado a favor del trabajo, de los trabajadores y de los ciudadanos.

Sin embargo, en uno de los más reputados diccionarios biográficos del gremio de los economistas, que abarca los últimos doscientos años, figura Mary Paley Marshall, y vale la pena leer lo que allí se dice de ella: «Como la primera mujer profesora de economía en Cambridge y co-autora de un buen libro de texto de economía, pudiera haber seguido una carrera destacada. Sin embargo, al casarse con Marshall ella sumergió su carrera en la de él». Y, por cierto, Marshall se encargó con mimo de que su obra conjunta no volviera a reeditarse nunca.

**Beatrice y Sidney Webb** se nos presentan, también como una pareja excepcional. Puesto que sus publicaciones más conocidas son propias de nuestro área de conocimiento y preocupación, el esclarecer y traer a la luz su aportación, tiene una especial significación.

Piénsese que sólo su monumental *Historia del Sindicalismo*, originalmente publicada en 1894 y traducida en España por el Ministerio de Trabajo, es un clásico con todos los honores. La última edición que prepararon los Webb es de 1920 y está puesta al día y prologada ampliamente en cada reedición.

Para ellos, sin embargo, este extraordinario libro no era, no fué, más que un paso (¡de gigantes!) en el desarrollo de su programa de investigación. Allí, como no dejarán de reiterar en muy distintas ocasiones, lo que había, lo que hay, era y es una minuciosa y paciente reconstrucción histórica, modélica y ejemplar. Pero el colofón o cierre de su programa, que les llevo seis años de investigación organizada y un laboriosísimo trabajo de campo, que diríamos hoy, fue, como ya anunciaba antes, *Industrial Democracy*, un volumen de más de novecientas páginas, publicado en enero de 1898, y que sigue siendo reeditado hoy en día como una obra maestra ubicada en el cambio de siglo, y no superada.

Aquí los Webb cerraban su largo periplo de reconstrucción sociológica apostando por —dicho en palabras de Beatrice, en el segundo volumen de su autobiografía, *Our partnership*— «por una teoría del sindicalismo consistente con los hechos que habíamos observado y con las hipótesis que habíamos verificado».

Una teoría que también, cómo no, llevaba consigo una defensa del papel que en «la gestión de la industria en un Estado democrático»

le correspondía a los sindicatos: su papel, claramente formulado en tres apartados distintos era: 1), participar en la decisión del **qué** producir; 2), en el **cómo** producir, qué procesos de trabajo, qué materiales, que formas de seleccionar a los trabajadores...; 3)y, finalmente, el **qué** de las condiciones de trabajo y empleo, el ambiente laboral, la intensidad del trabajo, los salarios.

### 3. La vida por delante

«**C**reo que lo mejor es empezar por recordaros a los estudiantes principiantes, que los pensadores más admirables de la comunidad académica a la que habeis decidido asociaros no separan sus trabajos de sus vidas».

C.Wright Mills, *La imaginación sociológica*, p. 206.

En ese espléndido apéndice de *La imaginación sociológica* que se llama «Artesanía intelectual» cualquiera podría adivinar que se halla, como un trasunto de tan acertadas reflexiones, la figura y la obra de Beatrice Webb. No la menciona Wright Mills directamente en esta ocasión, pero uno tiene la impresión de que hasta los ejemplos vienen de esa inspiración. ¿No dice un poco más adelante de esa cita que «muchos escritores creadores llevan diarios; [pues] la necesidad de pensamiento sistemático que siente el sociólogo lo exige»? cuando, precisamente, en la cultura anglosajona, los *Diarios* de Beatrice Webb, nacida Potter, son presentados como una auténtica cumbre del género, una suerte de historia íntima de cincuenta años de la vida —en su más amplia acepción— de la Inglaterra victoriana y edwardiana para lo que aquí nos importa.

Los *Diarios* de Beatrice Webb, al igual que su autobiografía publicada en 1926 bajo el significativo título de *Mi aprendizaje*, se convirtieron en *best sellers*, reeditados hasta nuestros días, en versiones cada vez más completas, y, por tanto con información de primera mano sobre aspectos tan minuciosos como el desarrollo de una investigación, los problemas de

una entrevista, la «fabricación», capítulo a capítulo, de un libro, los avatares personales, e incluso sentimentales, etc. En ellos tendremos un fundamento precioso para conocer, de cerca y por dentro, los entresijos del hacerse socióloga, de la construcción de un «arte» u oficio, del desarrollo y avatares de una sensibilidad extraordinaria. Es decir, la mejor manera de transmitir y aprender la experiencia de una vida y de una obra.

Por supuesto, al escribir su autobiografía, Beatrice es perfectamente consciente (tiene ya 68 años cuando se publica *My apprenticeship*) de que el recurso a sus diarios ha de hacerse tratándolos como una fuente más: esto, analizándolos como si se tratara de un documento. Pero, escribe a la vez, es tan difícil separarse, distanciarse, de uno mismo...

En todo caso, tanto *My apprenticeship* como el segundo volumen, editado postumamente, en 1949, *Our partnership*, son un intento consciente de transmitirnos la experiencia completa de la formación de una socióloga. Así lo dice en la primera línea: «En las páginas que siguen describo el oficio de una investigadora social, tal y como yo lo he practicado».

#### 4. El punto de partida: una discípula de Spencer

**H**erbert Spencer, el influyente filósofo y sociólogo evolucionista e individualista británico, frecuentaba a la familia Potter, y será no sólo una de las lecturas, junto con «el aburrido Comte» de las que se nutra Beatrice Potter, sino que además tendrá innumerables ocasiones de pasear, discutir, y comentar los más variados temas, tanto en su propia casa como en viajes europeos, viajes que Beatrice recuerda con detalle en sus diarios.

De hecho Beatrice atenderá al «poor old man», como le llama con gran afecto, viajando hasta Brighton a su llamada en muchas ocasiones, especialmente en los últimos años de la vida de Spencer (que muere, como es sabido en 1903). La confianza de éste, de Spencer, en Beatrice, debió ser muy grande pues le nombra su albacea intelectual, encargada de su legado y publicaciones a su muerte.

Cuando Beatrice y Sidney, tras la muerte del padre de aquélla, en enero de 1892, den a conocer su compromiso, mantenido en secreto para no violentar a un padre retenido en cama por la parálisis, Herbert Spencer, un individualista convencido y «militante», a quien el sindicalismo le parece, por decirlo suavemente, una herejía, decidirá revocar ese nombramiento de albacea intelectual que había depositado en Beatrice: no podría siquiera sufrir la idea de que su «editor» estuviera casada con un conspícuo socialista, un radical «fabiano»...

En todo caso, creo que puede decirse que uno de los trazos que más destacan en la formación de Beatrice como socióloga está, precisamente, en el paso de un individualismo spenceriano que no aceptará ninguna intervención estatal o colectiva, a la ruptura total con semejante posición ideológica, y su misma contribución, como veremos, a la fundamentación científica del papel necesario de los sindicatos como mediación institucional en el funcionamiento de las instituciones democráticas más amplias y complejas de un país.

Ese evolutivo pero radical cambio de un punto de partida teórico, de una «visión», como la llamaría Schumpeter, no es cuestión de un día, ni tampoco un corte que separe nítidamente dos épocas. Para Beatrice los «años cruciales» de su formación se extienden entre 1882, año de la muerte de su madre, cuando ella tiene 24 años, y 1892, año de la muerte de su padre, y de su matrimonio con Sidney Webb: «años cruciales —deja escrito— durante los cuales adquirí el oficio de investigador social, experimenté una intensa presión emocional, y persistí en una dura tarea intelectual bajo circunstancias adversas».

#### 5. Ir al terreno: «un viaje sentimental»

**A**yudándose de una relación familiar que le permite aparecer como «Miss Jones», una inventada hija de un granjero que quiere conocer la vida de la industria en Bacup, Lancashire, Beatrice da, en su propia apreciación «el primer paso» de su formación: ir al terreno, instalarse en él, conocer de primera mano las condiciones de trabajo

y de vida de los *mill-hands*, los obreros de las fábricas, a los que entrevista en su propio lugar de trabajo o en su casa. Así –reflexiona tres años más tarde, en 1886, de nuevo en Bacup– la vida obrera se le hace familiar, pierde su frescura, sí, y su parte de aventura de la primera incursión, pero es sólo así, viviendo entre la gente, como se conoce la realidad social. Su reflexión, sobre este punto, es muy clara, y no está muy lejos de lo que hoy nos preocupa, metodológicamente: «La observación real diaria de hombres y cosas toma el lugar de la acumulación de hechos sacados de libros y elucubraciones de despacho (...); para aprovechar este tipo de observaciones debo, a la vez, adquirir más conocimientos [descriptivos y teóricos](...) antes de que pueda darse cuenta en el terreno de que le faltan».

## 6. «Vida y trabajo de las gentes de Londres»: una gran encuesta

**C**harles Booth, primo político de Beatrice, había emprendido por estas fechas, 1886, la que será una de las más impresionantes encuestas (y de las más voluminosas: 17 tomos), que se realizan a finales del siglo diecinueve. Una aproximación compleja, con un doble enfoque: estudiar la vida, la habitación, y junto a ella el empleo o forma de ganarse la vida. Y por otro lado, y como contraste, llevar a cabo un análisis de las formas de trabajo, y, con ellas la vida de las personas. Con formas de recogida de la información que combinaban tanto estudios estadísticos como detalladas reconstrucciones de datos secundarios, con la ayuda de lo que hoy llamaríamos «informantes privilegiados», y finalmente, estudios directos sobre el terreno, cuyo fundamento principal es la entrevista y la observación directa. En el diseño de la investigación el papel de Beatrice, según los buenos conocedores del tema, fue importante.

En *Mi aprendizaje* le dedica a Charles Booth y su encuesta un largo capítulo entero, el quinto, antes de presentarnos, en el siguiente, su papel en ella, y, sobre todo sus primeros pasos como investigadora, su experiencia, y la publicación de su primer artículo como socióloga,

«La vida de los estibadores en el Este de Londres», que será publicado en septiembre de 1887 en la revista *Nineteenth Century*.

En su diario recoge esta nota en mayo de 1887: «Además de secas estadísticas quiero viveza local; una clara descripción de los métodos de empleo de los hombres, de tipos de carácter y hombres empleados, y dónde viven. Tengo que verificar la «espera a las puertas» [de las personas que buscan trabajo], y encontrar por mí misma las horas exactas a las cuales las diferentes clases son cogidas [para el trabajo]».

Y en su autobiografía nos da cuenta del proceso por el que se familiariza con su objeto de estudio, por medio de una documentación exhaustiva: «hay páginas y páginas [del diario] con notas y entrevistas con funcionarios portuarios, y con las diversas categorías de trabajadores y sus mujeres. Mañana tras mañana me levanto temprano –escribe–, para ver la lucha por conseguir trabajo a las puertas del puerto».

Desde su primer trabajo publicado, por tanto, la documentación exhaustiva, la participación personal directa, el ir al terreno, las entrevistas cualificadas, dan un enfoque específico a la metodología de Beatrice Potter que podemos, desde luego recuperar e imitar hoy en día con provecho.

## 7. «Diario de una trabajadora»: El estudio del sweating system

**C**uando se encargue, dentro de la misma gran encuesta sobre Londres dirigida por Booth, del estudio de la subcontratación, del trabajo a domicilio, nos presentará un marco metodológico real, aplicado, que sigue siendo un modelo en el que podríamos inspirarnos hoy en la mejor investigación.

Beatrice estudió, finalmente, el *sweating system* en la manufactura del vestido barato, y de ello resultaron cuatro ensayos distintos, el más famoso de los cuales fue el publicado en la revista *Nineteenth Century*, «Páginas del diario de una chica trabajadora».

Además de la elaboración de un «censo» de todos los establecimientos que se dedican a

esta producción, con datos reales sobre personas, producción, etc., que hará por encargo suyo la oficina de Booth, Beatrice llevará a cabo, nuevamente entrevistas sobre el terreno, y terminará por aprender el oficio de pantalonera, para poder entrar a trabajar en distintas empresas, y conocer así desde dentro la vida del trabajo. Así lo recoge en su diario: «Mi determinación de presentar «una fotografía» a la vez que una monografía, me llevó a un experimento en el oficio de investigador social, que trajo en su tiempo una notoriedad temporal».

Notoriedad temporal porque se debatió públicamente sobre cuánto tiempo había realmente trabajado como pantalonera, duración que ella misma reconoce que pudo exagerar «un poco», pero que, en su idea de **cómo se hace una investigación** incluía, sin duda, toda la información recogida de empresarios, reales o virtuales, estos por ser, en realidad los «intermediarios», los *middlemen* cuya situación en los procesos de trabajo era tan precaria como la de los propios trabajadores subcontrados o a domicilio.

En el diario siguen las descripciones de todos los pormenores dados: la planificación de la investigación, su formación como *plain trouser hand*, pantalonera, sus visitas a distintas empresas, sus minuciosas y sorprendentemente lúcidas, notas de trabajo de campo...

Era la primavera de 1888. Con su trabajo directo, nos dice Beatrice, quería comprobar los datos secundarios ya obtenidos, y una vez realizado este contraste, tan sólo transcribió las anotaciones de su diario, eliminando cualquier traza que pudiera reconocer a las personas comprometidas. Este fue, como ella misma dice, no sin ironía, «mi primer y único éxito literario». Y, desde luego, las páginas del diario, también en esta ocasión, cautivan al lector por su penetración y su estilo narrativo.

Una preocupación que será continua en su carrera: cómo contar, como una narración apasionante, los hallazgos de las ciencias sociales, tantas veces áridos y poco susceptibles de comunicación masiva. Otra de las preocupaciones actuales de la sociología: retórica, argumentación, reflexividad.

Beatrice Potter se pregunta ya por **cómo divulgar, socializar, los conocimientos y los avances de las ciencias sociales**, y se planteará más de una vez el escribir «novelas

sociológicas» que le permitan escapar a la constricción de las masas de datos a los que tiene que enfrentarse el investigador social. Con ello busca, en sus propias palabras, «un camino para hacer llegar a ricos y pobres esas verdades sobre la organización social que uno descubre», aunque, obviamente, para hacerlo, piensa, lo primero es un dominio absoluto del oficio de sociólogo.

Su análisis e interpretación de este modo de organizar la producción, el *sweating system*, es de una iluminadora lucidez y, en muchos puntos, nos vuelve a situar en la actualidad nuestra de nuestros días, por ejemplo, en la España de 1998: la subcontratación, la división del trabajo entre empresas, el trabajo sumergido, a domicilio, negro —dirá— no es la «culpa» de un «explotador», el *sweater*, sino que es una forma estructural de organizar la producción capitalista, de la que se benefician todos los empresarios, ya estén en el medio, los intermediarios, o ya estén, y ese papel es más decisivo, en la **cabeza** de la cadena productiva. Y ahí está la raíz de las infames condiciones de trabajo a la que se ven sometidos los trabajadores.

## 8. «El movimiento cooperativo»: entrando en la madurez

**S**intiéndose ya más segura en su oficio, Beatrice comienza la que será su primera investigación personal, publicada como libro en 1891: *El movimiento cooperativo en Gran Bretaña*.

Las páginas de su diario y su autobiografía nos dejan constancia de su profesionalidad, dura profesionalidad: las notas de julio y agosto de 1889 indican su revisión de la prensa cooperativa, horas y horas de trabajo de documentación que muchas veces se ve poco premiado por la información encontrada. Continuos viajes para participar en congresos y reuniones de cooperativistas. Entrevistas sin cuento. La sensación, cada vez más arraigada, de conseguir una gran profesionalidad en la realización de entrevistas. Un trabajo que empieza ya a ser canónico: las *fichas* individuales por temas y aspectos, que puedan luego

clasificarse y reclasificarse. Lo que ella misma y Sidney llamarían «la especialidad de la casa Webb». Lo que otros, críticos feroces y falaces, llamaran «pilas y pilas de fichas clasificadas de todas las maneras posibles».

Sus conclusiones de esta etapa de trabajo tienen mucho que ver con lo que hemos llamado el estudio de *lo hecho* más que el de *lo dicho*: su crítica a los grandes científicos sociales del momento, Mill o Marshall, por ejemplo, es, precisamente, que toman por real lo que dicen los periódicos y publicaciones del movimiento cooperativo, y que ella, tras leerse de cabo a rabo esa prensa, ha intentado comprobar en la realidad. Y ésta, la realidad real es una cosa bien distinta: «lejos de abolir el sistema capitalista, el movimiento cooperativo lo que ha hecho es extenderlo también a los trabajadores intelectuales».

La segunda conclusión a la que llega, tras esta etapa de investigación, nos dirige, directamente, a la gran obra de finales de siglo: *La Democracia Industrial*. En efecto, como lo condensa Beatrice Potter, parecía evidente que la democracia de los consumidores debía ser completada por un estudio de la democracia de los trabajadores, de los sindicatos. Por ello, nos cuenta, «decidí, a principios de 1889, hacer del estudio del Sindicalismo Británico mi próximo campo de estudio».

Cuando estaba redactando su libro sobre cooperación, en enero de 1890, conoció a Sidney Webb, «El Otro», como le llama en su autobiografía. La ocasión de encontrarse vino dada porque, al echar de menos en su trabajo información histórica, y habiendo pedido consejo sobre a quien consultar, le dirigieron a este joven que parece, le dijeron, «una biblioteca ambulante». Y en efecto, se encontraron y, muy rápidamente, y con una letra clara y elegante, según ella recuerda treinta años después, Sidney le dará una información exhaustiva sobre todo lo que necesitaba.

No se volverán a ver en esos meses siguientes de 1890 porque ella está continuamente haciendo trabajo de campo en Manchester, Glasgow, etc., recogiendo informaciones para su libro, y también, deja dicho, «empezando la investigación sobre el Sindicalismo».

En la primavera de 1891, cuando Beatrice le manda a Sidney el borrador del libro sobre la cooperación, éste le dice que un libro así, que le ha llevado siete meses de trabajo, se

podría haber hecho en siete semanas, con su colaboración: «¿por qué —le dice Sidney— no me deja ayudarla en la investigación sobre el sindicalismo?; mientras usted hace las entrevistas, yo puedo «vaciar» informes, actas y periódicos».

## 9. La Democracia Industrial: un jalón histórico en las Ciencias Sociales del Trabajo

**B**eatrice y Sidney Webb se casaron en julio de 1892, y celebraron su luna de miel investigando en Dublín y Belfast, y asistiendo al Congreso de las *Trade Unions* en Glasgow, «recogiendo documentos sindicales y entrevistando a secretarios sindicales».

La casa de los Webb en Grosvenor Road se convirtió pronto en un lugar de trabajo que ha sido descrito, no sólo físicamente, sino en su funcionamiento, con minuciosidad, tanto por la propia Beatrice, como por colaboradores y amigos de la pareja que la frecuentaron con asiduidad. Y también por viejos amigos luego convertidos en enemigos declarados como H.G. Wells, que incluso escribió un *roman à clef*, *Los nuevos maquiavelos*, donde el trasunto de los protagonistas es casi un calco, un mapa escala uno a uno que diría Borges, de los Webb.

F.W. Galton, que fue su ayudante de investigación, precisamente desde 1891 hasta 1898, la fecha de publicación de *Industrial Democracy*, ha dejado una minuciosa descripción hasta de los ritmos de trabajo y las costumbres más menudas de la «empresa Webb». De ella nos interesa, especialmente destacar las instrucciones que recibía de Beatrice para la fabricación de las famosas *fiches*: papeles *ad hoc*, del mismo tipo y tamaño, uno para cada asunto y fecha, etc.: «mis instrucciones sobre este y otros detalles del trabajo —escribe Galton en 1949— venían de Miss Potter al principio, ya que apenas veía u oía a Webb en contadas ocasiones».

Según Galton «ella tenía una muy considerable facultad para ver como las preguntas se engarzaban unas con otras, y para reconocer un hilo común de uso entre cosas e ideas



aparentemente no relacionadas unas con otras». En el trabajo de investigación conjunto Beatrice «era responsable mayormente de los planes, o para decirlo de alguna manera, de la arquitectura, mientras que toda la construcción final era hecha por Sidney».

Para otros observadores, como Leonard Woolf, «la parte cuantitativa de los análisis era de Sidney, mientras que Beatrice se encargaba de los elementos cualitativos de la situación social que estudiaban».

Lord Beveridge, quien fuera el cuarto director de la London School of Economics que fundaron los Webb, como ya dije, en 1895, considera que *La historia del Sindicalismo* y *La democracia industrial* «fue su primera gran contribución para fundar la ciencia social sobre nuevas bases».

Bernard Shaw recuerda en 1949 que esos dos libros, esas dos grandes investigaciones, «hicieron época» en su tiempo.

En una evaluación más distanciada en el tiempo, publicada por Simey, en el *British Journal of Sociology*, en 1961, se afirma que «cuando se examina la obra de los Webb en su punto más alto [esto, en *La democracia industrial*], se halla uno confrontado con lo que es una nueva sociología que sigue la tradición del empirismo británico. Su objetivo, como se ha dicho, fue «retar a la ortodoxia en cada punto de la cadena; retarla y ponerla en cuestión no por un ataque crudo y frontal, sino por la insistencia en preguntarse si las cosas que se daban por hechas eran realmente cosas; si los hechos eran realmente hechos o meras nociones, que se tomaban por dadas porque nunca fueron objetiva y desapasionadamente analizadas».

## 10. Conclusión: investigar con método para reformar con pasión

**S**i hay una marca que identifique la obra y la vida de Beatrice Potter-Webb esta es, sin duda, su compromiso con la necesidad de conocimiento científico, sólido, metodológicamente escrupuloso, con un objetivo único: su utilización en la aplicación de reformas sociales que favorezcan la vida de la mayoría.

Ese polo, a veces ese vaivén, entre la entrega a la consecución de una mejor atención asistencial, su campaña por la abolición de la ley de pobres en 1.909, por ejemplo, o su compromiso sin fisuras con la Rusia soviética de los años treinta, se doblará siempre por una forma de investigar la sociedad que podría hoy en día, en que la sociología, eternamente en crisis, busca nuevos caminos, servir de modelo a las jóvenes generaciones que necesitan, que necesitamos, recuperar nuestra herencia, recrear una nueva tradición, para poder mirar así hacia el futuro con firmeza y esperanza.

Para Beatrice Webb, «el equipamiento mental del investigador social» debía construirse sobre tres principios básicos: el **primero**, «ser capaz de fijar la atención en lo que se ve, se oye o se lee»; es decir, tener capacidad de mirar y ver teóricamente, para poder fijar la atención y observar allí donde para otros los hechos sociales pasan desapercibidos.

En **segundo** lugar, decía, «hay que ser capaces de ordenar deliberada y pacientemente todos los hechos»; el a veces farragoso trabajo de campo, sin el cual ninguna teoría sirve para mucho más que para ser el famoso «marco teórico» del que no se hace colgar ningún cuadro...

En **tercer y último** lugar, Beatrice afirmaba que era necesario ser consciente de que uno es siempre sujeto en situación, de que uno tiene orientaciones teóricas o políticas determinadas, que le permiten ver, pero también le limitan la mirada. Una rara, exquisita y fecunda conciencia autocrítica debe acompañar el viaje difícil que es la aventura sociológica.

El trabajo de campo, directo y personal, es para Beatrice Webb indispensable; casi habría que decir insustituible. Así lo vuelve a recordar indirectamente, precisamente al final de *Industrial Democracy*: «Nadie que no haya vivido él o ella misma entre los pobres de Londres, Glasgow, Liverpool o Manchester puede formarse una idea adecuada de la agresión, nunca vista ni medida, que comporta para el carácter nacional la contaminación social a la que lleva esa miseria».

No será raro encontrar, por tanto, como entrada de un capítulo de su libro *Methods of social study*, de 1932, la recomendación de «mirar a las instituciones trabajando», por medio de la observación participante.

O los sabios consejos de alguien que ha practicado mucho su oficio de entrevistadora:

para hacer una buena entrevista para una investigación, lo primero es la preparación mental de quien entrevista.

Y así nos recomienda cosas que hoy nosotros recomendamos a nuestros doctorandos: el entrevistador tiene que estar informado perfectamente sobre aquellos temas sobre los que realiza las entrevistas. Y pone buenos ejemplos pedagógicos: uno no puede hacer una entrevista a un inspector de trabajo sin saber distinguir una empresa de un centro de trabajo. El inspector lo puede considerar una impertinencia. Y sobre todo, puede dar por terminada la entrevista.

La segunda condición para una buena entrevista, nos recuerda Beatrice, es el no equivocarse de entrevistado: esto es, que esa persona tenga algo que decir sobre lo que se está investigando y que ese algo sea desconocido para el entrevistador. Así, pone como ejemplo, en los escalones más bajos de una organización sindical se sabe mucho más sobre trabajos concretos que en las alturas.

Y llego así al final de este artículo que quiere ser un homenaje a una mujer de la que probablemente sólo he mostrado pequeños aspectos de su gigantesca personalidad. Quiero cerrarlo con unas hermosísimas palabras, que me tomo la libertad de traducir de su diario. Fueron escritas el primero de mayo de 1897, acabando de escribir *La Democracia Industrial*, reflexionando sobre la sociología y la vida: «Lo que sostiene nuestras vidas —escribe—, los amigos queridos, esta hermosa primavera con todos sus dulces sonidos, colores y aromas, la hermosa casa y el jardín, las largas horas de asueto, todo ello es exuberante hasta el abuso. Uno se plantea a veces si nuestro trabajo se merece toda la felicidad y bienestar que estamos sacando de la vida de la comunidad, y a veces uno se siente incómodo porque quizá estemos tomando más de lo que en buen reparto nos pertenece. Felizmente, el supremo lujo del amor y la total camaradería no quita a los demás posibilidades de gozo. Nuestra vida presente es como el principio del verano, crecer y gozar del crecimiento, del amor y de la delicia de amarse. Estamos llegando a la mediana edad [cumple 40 años en enero de 1898], y nos sentimos jóvenes en nuestra vida intelectual, siempre en el umbral de un hallazgo nuevo, y realmente niños en demostrarnos uno a otro adoración y ternura. ¡Qué llena y rebosante de

felicidad puede ser la vida humana; cómo podríamos hacer que esa felicidad sea universal o casi universal, ese es el problema».

Esta novela utópica que Beatrice Potter-Webb quería extender a la sociedad, proponiendo y asumiendo un compromiso radical de la ciencia social con las gentes, a partir de la reforma social; creando un entramado de relaciones donde las personas sean el horizonte de la reflexión para la acción; esa novela está aún por escribir. La tarea es grande y se presenta nebulosa. Aquí hay trabajo para todos y para todas. Para los sociólogos más grandes, los medianos y los chicos, como dijo nuestro poeta.

## NOTAS

<sup>1</sup> Este texto fue en su origen una conferencia pronunciada en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de Madrid, el 10 de diciembre de 1998, dentro de los actos conmemorativos del Centenario de la Primera Cátedra de Sociología en España.

<sup>2</sup> Las obras citadas están recogidas en las referencias bibliográficas finales, y son fácilmente identificables.

## BIBLIOGRAFÍA

- BERTAUX, Daniel (1979): «Écrire la sociologie», en *Information sur les Sciences Sociales*, vol. 19, n.º 1, pp. 7-25.
- BOOTH, Charles (1903): *Life and labour of the people of London. Final volume: Notes on social influences and Conclusion*, Londres, MacMillan, 451 p.
- CASTILLO, Juan José (1998): *A la búsqueda del trabajo perdido*, Madrid, Tecnos, 1998, 213 p.
- (1998): «Trabajo del pasado, trabajo del futuro: por una renovación de la Sociología del Trabajo», en *Sociología del Trabajo*, nueva época, n.º 34, otoño de 1998, pp. 133-147.
- (1999): *El trabajo del futuro*, Madrid, Editorial Complutense, 186 p.
- COLE, G.D.H. (1964): *Historia del pensamiento socialista. III. La Segunda Internacional (1889-1914)*, México, Fondo de Cultura Económica, [Edición inglesa, 1956], 477 p.
- COLE, Margaret (ed.) (1949): *The Webbs and their work*, Londres, Frederick Mullar Ltd., 304 p.
- (1961): «The Webbs and Social Theory», in *The British Journal of Sociology*, vol. XII, n.º 2, junio 1961, pp. 93-105.
- DURÁN, María Angeles (ed.) (1996): *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 340 p.
- GALTON, F.W. (1949): «Investigating with the Webbs [1892-1898]», en M. Cole (ed.), *The Webbs and their work*, pp. 29-37.

- LEPENIES, Wolf (1990): *Les trois cultures. Entre science et littérature l'avènement de la sociologie*, París, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 408 p. [La edición original, en alemán, es de 1985; hay edición en español en México, Fondo de Cultura Económica]
- MILLS, John Stuart (1991): *Sobre la libertad y otros escritos*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 309 p.
- (1986): *Autobiografía*, Madrid, Alianza Editorial, 291 p. [Edición original, 1873].
- MILLS, C. Wright (1961): *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica, 237 p. [Prólogo de Gino Germani; edición original, 1959]
- (1965): *El poder de los sindicatos*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 357 p., [Edición original, *The new men labor leaders*]
- PIGOU, A.C. (ed.), (1966): *Memorials of Alfred Marshall*, Nueva York, A.M. Kelley Publishers, [Reprint de la edición original, Londres, MacMillan, 1925]
- POTTER, Beatrice: «The docks», in Ch. Booth: *Life and labour of the people of London. First Series: Poverty(4)*, Londres, MacMillan, 1902 [Publicación original, 1889], pp. 12-36 [Reimpreso con autorización del editor de *Nineteenth Century*, septiembre 1887]
- (1902): «The tailoring trade», in Ch. Booth: *Life and labour of the people of London. First Series: Poverty (4)*, Londres, MacMillan, [Publicación original, 1889], pp. 37-68 [Reimpreso con autorización del editor de *Nineteenth Century*, agosto 1888]
- (1902): «The jewish community», in Ch. Booth: *Life and labour of the people of London. First Series: Poverty (3)*, Londres, MacMillan, 1902 [Publicación original, 1889], pp. 166-192
- SIMEY, T.S. (1961): «The contribution of Sidney and Beatrice Webb to Sociology», in *The British Journal of Sociology*, vol. XII. n.º 2, junio 1961, pp. 106-123.
- SPENCER, Herbert (1972): *On social evolution. Selected writings, edited with an introduction by J.D.Y. Peel*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press.
- THTANE, Pat (1982): *The foundations of the Welfare State*, Londres y Nueva York, Longman, 383 p.
- WALLERSTEIN, Immanuel (ed.), (1998): *The heritage of sociology and the future of the social sciences in the 21st. century*, monográfico de la revista *Current Sociology*, volume 46, n.º 2, abril 1998, 144 p.
- WEBB, Beatrice (1979): *My apprenticeship*, with an introduction by Norman MacKenzie, Cambridge, Cambridge University Press-London School of Economics, [etc.], i-xxxix+ 429 p. [Edición original, 1926; en esta edición se ha prescindido de un conjunto de Apéndices muy importante]
- (1948): *Our partnership*, Londres, [etc.], Longmans, Green and Co., [Edited by Barbara Drake and Margaret I. Cole], 544 p.
- (1982): *The Diary of Beatrice Webb. Volume one, 1872-1892: Glitter around and darkness within*, Londres, Virago in Association with The London School of Economics and Political Science, 386 p. [Edited by Norman and Jeanne MacKenzie]
- (1983): *The Diary of Beatrice Webb. Volume two, 1892-1905: All the good things of life*, Londres, Virago in Association with The London School of Economics and Political Science, 376 p. [Edited by Norman and Jeanne MacKenzie]
- WEBB, Sidney y Beatrice (1990): *Historia del sindicalismo, 1666-1920*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 775 p. [Edición original, 1894; esta edición reproduce la de 1920].
- (1965): *Industrial Democracy*, Augustus M. KELLEY Nueva York, Reprints, 929 p. [Edición original, Londres, 1898; esta edición reproduce la de 1920, con los prólogos de la edición de 1902 y 1920]
- (1975): *A constitution for the socialist Commonwealth of Great Britain*, Londres, London School of Economics and Political Science-Cambridge University Press, [Edición original, 1920], With an introduction by Samuel H. Beer.
- (1923): *The decay of capitalist civilization*, Nueva York, Harcourt, Brace and Company, xvii+242 p.
- (1975): *Methods of social study*, Londres, London School of Economics and Political Science-Cambridge University Press, [Edición original, 1932], 263 p. [With an introduction by T.H. MARSHALL].

